



la profunda inmoralidad de los habitantes de aquellas regiones. Sin embargo, la fé cristiana halló buena acogida en la costa oriental, en los establecimientos fundados por los portugueses en Mozambico, Monomotapa, Quíloa, Sofala y en las islas Borbon y de Francia. Donde los progresos fueron, empero, más notables, fué en la costa occidental, en Congo, en Angola,

en Bengala, en Cacongo y en Laongo, gracias á los trabajos de los padres capuchinos. Uno de ellos, Zuchelli Congo, logró convertir á principios del siglo XVIII, hasta al rey de Segno. Algunos sacerdotes franceses fundaron nuevas misiones en Cacongo y en Laongo (1766); pero no pudieron resistir la mortífera influencia del clima.

CAPITULO III.

Iglesias protestantes.—Errores más notables de esta época.

Hemos visto que sucesivamente fueron triunfando en Inglaterra los sistemas episcopal y presbiteriano, hasta que habiendo subido al trono Guillermo III de Orange, la iglesia episcopal fué declarada la del Estado, hasta para los irlandeses. A pesar de esto, se concedió á todos los disidentes el derecho de ejercer públicamente su culto, ménos á los socinianos y á los católicos, que no fueron igualados con aquéllos hasta el año de 1779. Los escoceses, sin embargo, manifestaron de un modo tan claro y positivo su predileccion por la constitucion presbiteriana, que no fué posible rehusársela: la asamblea general de los quince sínodos provinciales, reunidos anualmente en Edimburgo, debía ejercer la suprema autoridad.

Despues del tratado de paz de Westfalia, los protestantes de Alemania se esforzaron en conservar la libertad que aquel tratado les asegurára. Los diputados de la Dieta permanente de Ratisbona (1663) constituyeron la autoridad (*corpus evangelicum*) encargada de mantener los derechos garantidos á los protestantes. Naturalmente, las iglesias de éstos no podian ser más que humildes siervas de los soberanos, supuesto que en todos los países donde la reforma se habia establecido, los príncipes habian juntado la tiara á la corona, y al cetro el báculo y el anillo.

El poder espiritual de las iglesias nacionales quedó, pues, en manos de la autoridad temporal, y fué ejercido, bajo su direccion, por consistorios y un ministerio de cultos. De cuando en cuando se admitia la cooperacion de algunos Estados provinciales, reunidos en un pequeño sínodo; pero era siempre desechada como una pretension ilegítima toda reclamacion en favor de la dignidad y libertad de la Iglesia. No era ésta, en manos de príncipes mas que un elemento de policía, y sus bienes podian aplicarse á los usos más extraños al culto. Si se recurria á la prensa para reclamar la libertad religiosa, en seguida era la prensa sometida á medidas restrictivas. La misma ciencia, poniéndose servilmente á la disposicion de los príncipes, declaraba, por boca de los teólogos de Namburgo, que la trasmision de la autoridad episcopal al poder temporal era legítima y conforme á la Escritura, aun cuando objetasen muchos teólogos que Jesucristo no habia, seguramente, librado á los suyos en la servidumbre del papa para convertirlos en criados de la política. El sistema episcopal, que al principio habia prevalecido, fué generalmente abandonado; y desde el comienzo del siglo XVIII se le substituyó el sistema territorial, científicamente desarrollado por Tomasio (desde 1691) y por Boehemer (desde 1714). Poco despues se



fué formando un partido teológico que sin tener en cuenta las divergencias de opiniones protestantes y católicas acerca del origen de la Iglesia, sostuvo, á favor de ésta en general, un derecho que demostraba hallarse fundado en monumentos de más de diez siglos. En Tübinga, apoyándose el canciller Pfaff en este derecho, creó el sistema colegial (1719), según el cual la Iglesia es una corporación independiente, cuya autoridad no puede haber pasado á manos de los príncipes sino en virtud de un tratado. Ambos sistemas se colocaron hostilmente el uno enfrente del otro, y se disputaron la influencia en la administración de la Iglesia.

No habrá olvidado el lector seguramente las encarnizadas luchas en que se agitaron los protestantes, durante el período anterior, para poder llegar á una fórmula clara y precisa del dogma. Después de la muerte de Melancton, y como consecuencia de muchas derrotas y no ménos victorias, el luteranismo triunfante, gracias á la fórmula de Concordia y á sus vigorosos defensores, había acabado por dominar, principalmente en Alemania. Sin embargo, la universidad de Helmstädt, que no había querido adherirse á la famosa fórmula, se mostraba liberal y humanista en sus tendencias. Habiéndose atrevido uno de sus miembros, Daniel Hoffmann, al modo que lo hiciera Lutero, á renegar de la razón y de la filosofía, fué castigado como culpable de injuria hecha á la facultad de filosofía. De esta escuela salió Jorje Calixto (m. 1655), que pretendió dar á la teología una forma más liberal, procediendo en ella según el método histórico; pero pronto se hizo sospechoso á sus correligionarios por sus opiniones sobre la gracia y las buenas obras, por su distinción entre la dogmática y la moral, y por sostener que el Nuevo Testamento no revela de un modo evidente la Trinidad. Sus discípulos de Koenigsberg expiaron cruelmente las ideas de su maestro. Peor fué todavía, cuando queriendo Calixto poner un término á las horribles querellas suscitadas por las sutilezas de la fórmula de Concordia, é intentado hacer por fin, de su punto de vista general del espíritu del cristianismo, que era necesario volver otra vez á los símbolos y á las instituciones

ecuménicas de los cinco primeros siglos de la era cristiana. Irritados los celadores luteranos por estas proposiciones, y sobre todo por la abjuración de algunos discípulos de Calixto, que habían vuelto al seno de la Iglesia católica, le echaron en cara el no profesar más que un sincretismo desleal. Según ellos, todo se hallaba en la fórmula de la Concordia; ésta era la ley; y los principales teólogos luteranos ortodoxos, como Calow, Quenteidt, Koenig y Baier; se dedicaron á comentarla á porfía, y á defenderla con todas las armas de la escolástica.

«A pesar de toda su sutileza, dice Hasse, no se imaginaban por tanto á Dios más que como un gran pastor luterano, que para salvar su honor no dejaría de valerse de sus puños.» Al ver con que obstinación se aferraban estos teólogos á la pretendida ortodoxia luterana, no nos sorprende ya el encontrarlos imbuidos en toda especie de supersticiones, creyendo inocentemente en los combates de Lutero con el demonio y en el poder de los hechiceros. Mientras algunos sacerdotes católicos, especialmente Fr. Spee, se pronunciaban con energía y buen resultado contra lo absurdo y bárbaro de los procesos de brujería, Benito Carpzov, de Leipzig (m. 1666), á quien llamaban el legislador de Sajonia, y cuyas opiniones eran de gran peso en materias de derecho canónico ó criminal, sostenían que debían castigarse con severas penas no sólo la hechicería, sino aún á los que negasen la posibilidad de los pactos diabólicos; y un célebre profesor de la universidad de Jena, Juan Enrique Pott, imprimía en esta ciudad (1689) un escrito relativo á estas materias (*de nefando lamiarum cum diabolo coitu*). Tomasio consiguió, al fin, apoderarse de la opinión pública, y sostenerla contra esos odiosos y ridículos procesos.

Más de un luterano ortodoxo, fiel al culto servil de la letra, creyó entonces que todo esfuerzo personal para sacrificarse era inútil y atentatorio á la Majestad Divina. Uno de los hombres más notables de la época se lamentó en los siguientes términos de esta ciega é insensata fe: «La cristiandad de nuestros días tiene en sus iglesias cuatro ídolos mudos á quienes reverencia: el bautisterio, el púlpito, el



confesonario y el altar. En su cristianismo exterior, se consuela pensando que es bautizada, que escucha la palabra de Dios, que va á confesarse y que comulga; mas ignora y niega la fuerza y virtud interior del cristianismo!» Un exceso engendra siempre otro análogo. Á esta árida y rígida ortodoxia opuso Felipe Jacobo Spener el cristianismo viviente. Nacido Spener en la Alta Alsacia (1635), fué primero pastor en Strasburgo, después (desde 1666) dean del clero de Francfort sobre el Mein, primer predicador de la corte de Dresde, y por último, preboste en Berlin. Juntó á una grande instrucción un profundo amor á la verdad y un sentimiento cristiano tan exacto que, á pesar de las preocupaciones en que había sido imbuido desde la juventud á favor de las doctrinas y culto de su Iglesia, conoció los peligros del método teológico de los luteranos ortodoxos y la esterilidad de su sistema de predicación. Y le hizo este conocimiento tanto más efecto, cuanto que se había propuesto por modelo al dominico Juan Taulero, tan profundo pensador como orador dotado de alma y de sentimiento, á cuya imitación debió Spener el movimiento y la unción de sus sermones, enfadosos por otra parte á causa de su inconsiderada extensión. Proponiéndose Spener una reforma completa en la organización eclesiástica, partía del principio, en sus predicaciones, de que la religión es un negocio del corazón, y que para ejercer el predicador dignamente su ministerio debe imprimir en las almas el sentimiento que él experimenta y la fe que lo anima. A este efecto tenía en su casa piadosas reuniones (*collegia pietatis*) (desde 1670), en las que alimentaba la fe y la devoción de sus oyentes por medio de comentarios edificantes y de santas conversaciones. Semejantes esfuerzos, hijos de una verdadera necesidad de la época, encontraron al principio muchas simpatías; pero más adelante, las reformas eclesiásticas de Spener fueron tomando, al desarrollarse, un carácter singular y extravagante. Había, además, en la nueva escuela una tendencia pronunciada á un orgullo sutil y profundo, y al mismo tiempo á una lamentable melancolía, enteramente opuesta á la serenidad, á la vez grave y amable de la ver-

dadera piedad. A pesar del favor de que gozaba entre el pueblo la nueva secta, desde el principio algunos doctos teólogos se pronunciaron contra Spener; le reconvinieron, no de negar la mayor parte de los dogmas cristianos, sino de enseñar que son poco útiles á la edificación de las almas; y procuraron, como se ha hecho siempre desde entonces, hacer intervenir á los príncipes en sus querellas teológicas. El movimiento contra la nueva secta de los pietistas (apodo que se les daba por lo exagerado de su piedad) fué violento, sobre todo en Leipzig, donde tres profesores, discípulos Spener, entre ellos Aug. Hermann Frank, daban en alemán edificantes lecciones sobre la Sagrada Escritura (1689). Sus colegas, Carpzov y Loescher principalmente, los acusaban de despreciar la celebración pública del oficio divino, desdeñar la ciencia y arrojar las almas por los caminos del desaliento á la tristeza. Desterrados de Leipzig en 1690, los tres profesores fundaron, con Tomasio, la universidad de Halle (1694). La inmediata universidad de Wittemberg fué desde entonces, y más que nunca, la ciudadela del luteranismo, y los dos partidos siguieron hostilizándose en Alemania. Los pietistas, aunque justamente acusados de exageración en sus sentimientos de penitencia; de orgullo en el desprecio que hacían de la ciencia y en el amor que manifestaban á su secta, y de insensatez en sus sueños de un reino milenarío, ejercieron, sin embargo, feliz influjo en la vida práctica y hasta en la teología de su época. La casa de huérfanos fundada por Frank es una prueba manifiesta de su benéfica piedad. Los trabajos de Buddeo (m. 1729), que trató la teología de una manera mucho más sencilla y más científica que sus contemporáneos, y los de Juan Alb. Bengel, que comentó la Sagrada Escritura con tanta doctrina como piedad, dan testimonio de los progresos que hicieron dar á la ciencia teológica. (*Gnom Novi Test.*)

Desde el período precedente se habían suscitado entre los protestantes muchas dudas acerca de la obligación impuesta á los fieles de adherirse á los dogmas de los libros simbólicos. «Se pretende, decían los escépticos, que estos dogmas están fundados en la Sagrada



»Escritura; mas no ¿no han sido todos concebidos y formulados por la inteligencia del hombre, limitado en sus conocimientos históricos y exegéticos, y, por consecuencia, necesariamente expuesto al error? ¿No tenemos una prueba evidente de esto en las variaciones que hizo sufrir Melancton á la confesion de Ausburgo, variaciones tan numerosas, que Strobel pudo más tarde hacer la historia literaria de esta confesion? Por otra parte, una vez admitido el principio del libre exámen, ¿no eran todos invitados á proseguir las investigaciones empezadas? Esta irrefragable argumentacion enajenó desde luego á muchos de la fe en el dogma simbólico. Su independencia excitó una viva emocion y atrajo sobre ellos graves persecuciones.

Los consistorios y los teólogos fieles al símbolo creyeron poder conservar por la fuerza á los predicadores y profesores en la fe en la doctrina de los libros simbólicos, destituyendo de sus empleos á los que aspirasen á la independencia doctrinal. Pero esta reaccion, tan contraria al principio mismo del protestantismo, no pudo contener la defecion que todas las circunstancias, y especialmente la influencia de la filosofía moderna, contribuian á hacer cada vez más general. Bacon (1627) habia dirigido las inteligencias hácia el estudio de la naturaleza y de las matemáticas, sin despojar aún á la ciencia de su carácter profundamente religioso. Newton (m. 1727) consideraba las ciencias humanas como una verdadera revelacion.

Descartes habia cambiado el método teológico con el influjo de su filosofía, más favorablemente acogida por los teólogos protestantes que por los de la Iglesia católica. Se hizo gala de poner en duda, á ejemplo del filósofo briton, la ciencia adquirida y la autoridad de la teología y de la tradicion, para llegar, con las solas fuerzas de la razon, á una ciencia que tuviera su certidumbre en sí misma, y á un conocimiento de Dios, fundado en la conciencia humana, y no como hasta allí, en bases ó principios distintos del hombre. La reaccion contra los cartesianos fué proporcionada á su ceguera por el nuevo método. El sínodo de Dordrecht (1656) dispuso que en lo sucesivo la teo-

logía se separase completamente de la filosofía, y condenó muchas veces el cartesianismo, acusado además de favorecer las ideas de independencia política.

Cocceyo, entusiasta por el método de Descartes, redactó una exposicion puramente bíblica de las verdades de la fe, sin tener parana en cuenta las fórmulas dogmáticas de la Iglesia. Spinoza aún cuando partia de un principio religioso, debilitó á su vez la fe cristiana, arrastrando los ánimos hácia las vías de su audaz panteísmo, mientras que Lock (m. 1704), no apoyándose más que en el testimonio de los sentidos, iba introduciendo á la ciencia por los caminos de un superficial empirismo. En vano Leibnitz (m. 1716), el verdadero representante de la ciencia de su siglo, concibió el cristianismo de una manera amplia y casi católica; lo cierto es que ejerció escasa influencia sobre los teólogos protestantes, y su filosofía, falseada por Wolf, vino á ser patriotismo de los talentos menguados.

En un principio pretendia Wolf demostrar matemáticamente la doctrina de la Iglesia; pero al poco tiempo ya pareció querer sustituir á esa doctrina positiva la enseñanza de una religion natural, y lo llevó á cabo con tanta más seguridad, cuanto que, como Leibnitz, inutilizaba por este medio las absurdas pretensiones de los reformadores, restableciendo á la razon y libertad humanas en sus derechos imprescriptibles. Y se adhirieron muchos con tanta más fuerza á las verdades demostradas por esta religion, pretendida natural, cuanto que todas ellas estaban tomadas del cristianismo, á pesar de los esfuerzos que se hacian para ocultar su origen real. Esta escuela produjo la filosofía llamada popular, formulada principalmente por Jerusalem, Garve, Reimaro, Eberhardo y Mendelssohn, quitando á la filosofía de Wolf su forma escolástica, para no consultar ni seguir, como ellos decian, más que la sana razon. Desde entonces ya no se podia hablar del dogma cristiano, y quedaba insegura hasta la base de la teología natural. Todo descansaba en adelante sobre racionamientos hipotéticos, aún cuando Garve, en un tratado de la existencia de Dios, señala el teis-



mo como la mejor de las hipótesis en la materia. Al mismo tiempo que aspiraban estos autores al título de filósofos, no eran, á decir verdad, más que redactores, más ó menos hábiles, de opiniones que iban sacando, á pesar suyo, del cristianismo; por cuya razon quedaron eclipsados cuando pareció Kant. La influencia de la filosofía wolfiana sobre la teología se manifestó en la traduccion de la Biblia, publicada en Wertheim (Wertheimer Bibelubersetzung), en la que las ideas bíblicas y las divinas profecias se exponen de un modo extraordinariamente superficial. Por esto sin duda un decreto imperial prohibió esta traduccion en todo el imperio (1737); cincuenta años más tarde habria sido recibida con gran de aplauso.

El naturalismo de los libres pensadores de Inglaterra hijo legítimo del principio fundamental del protestantismo, se introdujo al poco tiempo en Alemania, propagándose por ella con sanática celeridad. Formóse una comunidad de partidarios de la conciencia (*Concienciarios*), cuyos principios esparció Mateo Kuntzen, teólogo errante, en pequeños tratados que iba distribuyendo por los caminos.

Por su parte, Edelmann compuso varias obras contra el cristianismo (desde 1735), en las cuales proclama, con seguridad imperturbable y en tono popular, «que es menester desechar el »Coran cristiano, no menos contradictorio y tan »poco auténtico como el de los turcos, para estar, como Enoch y Noé, á la razon sola, á la »conciencia, que la naturaleza da maternalmente á todos los hombres, y que les enseña á vivir honestamente, no hacer daño á nadie y dar lo suyo á cada uno. Hé aquí la verdadera Biblia: despreciarla, es despreciarse á sí mismo. La conciencia es el cielo y el infierno; »no hay ni Dios ni diablo; la Biblia no hace »diferencia entre el matrimonio y la fornicacion; es necesario purgar la tierra de sacerdotes, de reyes y de todos los poderes establecidos.»

Nadie habia favorecido más en Alemania la propagacion de estas máximas que Federico II, rey de Prusia, celoso protector y corresponsal activo de los filósofos franceses, á quienes acogió en su córte, y que importaron en sus Esta-

dos, y sobre todo en las clases superiores de la sociedad, las obras impías de su patria.

La revista literaria fundada por Nicolai (Biblioteca alemana de Nicolai) (1764-1806), que recomendaba todas las obras contrarias, no solamente á la fe, sino á todo sentimiento elevado y á toda tendencia espiritual, vino tambien en auxilio del espíritu irreligioso que iba invadiendo el mundo, lo mismo que los fragmentos de Wolfenbittel, redactados por Reimaro (m. 1768) y publicados por Lessing, y que, por su carácter sério y grave, causaron gran confusion en las inteligencias ya perturbadas. En ellos se describe la obra de Jesucristo como una revolucion abortada; se niega positivamente el hecho de la resurreccion, y se declara imposible la revelacion.

Lo que habian hecho Nicolai y Lessing en los rangos elevados de la sociedad, lo emprendió para las clases bajas Bahrnt, que, sucesivamente profesor de teología en Leipzig, Hall y Ciessen, y director de una sociedad filantrópica, acabó su errante carrera en calidad de posadero, en 1792. Difícil es encontrar un autor de una ligereza más criminal que Bahrnt, que procura destruir el contexto de las escrituras por medio de las más absurdas hipótesis, y se esfuerza siempre en desvanecer en el pueblo toda fe en la iglesia y en su enseñanza. ¡Confiesa, sin embargo, que si los ortodoxos (protestantes) lo hubieran pagado, habria escrito en favor de su sistema; pero que falto de recursos escribe por sus enemigos. Por este estilo fueron tambien la tendencia y los trabajos de Wunsch, que representaba á Jesucristo como victima de sus propias ilusiones: de Venturini, que hizo de la vida de Jesucristo una insípida novela, y de Mauvillon, que á pesar de todo, habló con más ciencia y respeto del origen divino y la moral del cristianismo.

La masa del pueblo se habia ido emancipando de la fe en la enseñanza eclesiástica. Pronto los más graves teólogos, á ejemplo de Hugo Grocio y del armenio Wetstein (m. 1754), autor de un paralelo entre las palabras más notables de la antigüedad clásica y los textos bíblicos, concibieron, á su vez, y expusieron el cristianismo de una manera libre, independien-